

GIL CANTERO, F. y REYERO GARCÍA, D. (coords.) (2012) *Libro homenaje al profesor José Antonio Ibáñez-Martín Mellado*. (Madrid, Biblioteca Online).

Filipo II de Macedonia, como hombre temeroso de la soberbia, ordenó a un esclavo permanecer en la puerta de su dormitorio y susurrarle, cuando saliera a la mañana, «Filipo, recuerda que sólo eres un hombre». Pienso que esta frase, que el esclavo debía recitar casi como se rezan laudes, habría sido un buen comienzo para este libro, quizá a modo de cita, justo antes de las reproducciones fotográficas con que se abre. Aunque es cierto que, a continuación de esta frase, habría recogido uno de esos consejos que santo Tomás de Aquino dirigió a su joven amigo estudiante: «imitari sanctorum et bonum». Estas dos oraciones, a mi parecer, resumen no sólo el espíritu de esta obra, sino, además, el que debería predisponer al lector al acercarse a la figura

de D. José A. Ibáñez-Martín: ve a ella sabiendo que te acercas a la figura de un hombre, tan sólo un hombre, pero uno de los más adecuados de cuantos deberías imitar.

De eso trata este libro. De una aproximación al pensamiento y a la figura de este catedrático de Filosofía de la educación que, en forma de homenaje, los profesores Fernando Gil y David Reyero confeccionaron no como los hipócritas, a escondidas y para ganarse honores, ni como los fariseos, que se rasgan las vestiduras a las puertas del templo para persuadir de su santidad, sino con discreción y altruismo, pues durante un año pidieron a todos aquellos que habían formado o formaban parte de la vida académica de D. Ibáñez-Martín que escribieran algo sin que él lo supiera hasta el último día del VII Congreso Internacional de Filosofía de la Educación, momento en que se presentó el libro. Y lo consiguieron. Vaya si lo consiguieron. Tan en secreto fue todo el proceso que me consta, incluso, que durante la mayor parte del tiempo pensaron en que la forma de autoría más apropiada era la colectiva, y no la de obra coordinada, como finalmente ha sido, porque reflejaba más fielmente la postura con que se concibió el homenaje. Y, de hecho, no se pueden leer en la portada, ni en el lomo ni en la contraportada del libro sus nombres.

Pese a todo, la organización de las contribuciones, lo que al final toma forma de índice, se podría haber cuidado con más atención. Cuatro grupos en la formación de clasificación de los textos, que, a buen seguro, los mismos coordinadores manejaron en sus cabezas en

algún momento, habrían bastado. Yo los usaré como si existieran para guiar al lector.

Un primer grupo se compondría de aquellos autores que se acercan al homenajeado en forma de recuerdos y anécdotas y que, como cualquiera que haya estudiado Teoría de la Literatura sabe, es una forma de describir al personaje principal por la boca de personajes secundarios y un modo muy apropiado, por cierto, de situar el pensamiento de un autor. En este grupo, me parece imprescindible leer al profesor del Centro Universitario Villanueva Ernesto López, quien nos acerca a un catedrático cercano que alienta a los jóvenes a conseguir altas metas en sus vidas y se preocupa de orientarlos en sus vidas tanto en la dirección académica que han de seguir como en cualquier otra.

El segundo conjunto trata sobre la figura docente. De este grupo, considero un imprescindible al catedrático de Teoría de la Educación Gonzalo Jover, quien ha confeccionado una epístola, «Huellas de magisterio» se llama, donde recuerda al homenajeado su trayectoria. Este texto fue leído en la comida que el Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad Complutense de Madrid hizo para agradecer que D. Ibáñez-Martín pasara al cuerpo de Catedráticos Eméritos y que le emocionó hasta casi las lágrimas. Mucho más teórico es el del profesor Santiago Ortigosa. Este profesor de profesores reinterpreta el concepto de praxis y teoría en su vertiente clásica y moderna, llega a la conclusión de que el homenajeado ha optado por una tercera vía en la que su trabajo se ha vuelto contemplación y no sólo

acción, y sostiene que, gracias a ello, nos ha enseñado que el único «perfeccionismo» posible es el de plantearse metas realistas y altas al mismo tiempo. Y lograrlas.

El tercer grupo lo componen una serie de textos que interpretan el pensamiento de D. Ibáñez-Martín en algunas de las temáticas más importantes de su dedicación intelectual. Desde mi punto de vista, este es el grupo más importante del libro y que todo lector debería considerar su núcleo duro. Yo sugiero comenzar por el escrito del profesor Fernando Gil. Este autor consigue adentrarnos, con una serie de matizaciones para las que no hay lugar en este texto, en la forma en que José Antonio Ibáñez-Martín ha desarrollado su concepto de «Filosofía de la Educación». La tesis fundamental que defiende Gil Cantero es que la mejor forma de leerlo es como un saber crítico-sapiencial, es decir, que debe reunir de forma crítica y constructiva conocimientos profundos sobre los conceptos básicos de la pedagogía, de la historia y de la antropología filosófica, para ejercer una labor docente más humana y humanizadora. Los siguientes textos que se podrían leer son los del Dr. Juan García y David Luque, que tratan sobre la política y la ética de la educación respectivamente estudiados o bien desde la filosofía de la educación o bien desde una interpretación aristotélica. Finalmente, para cerrar este estudio, está el texto del profesor David Reyero. Este chesteroniano ofrece una panorámica muy ponderada sobre algunos de los artículos más influyentes en la obra del autor. Juicio crítico, adoctrinamiento y educación diferenciada, pienso, son

algunos de los conceptos que hay que comprender para ver la materialización del pensamiento pedagógico de Ibáñez-Martín.

Por último, hay un grupo de investigaciones que no tratan ni sobre la figura ni sobre el pensamiento del homenajeado, pero que han querido aparecer como forma de agradecimiento. Hablamos de Emilio López-Barajas, Juan Escámez Sánchez, Concepción Naval, Quintana Cabanas, Marta Ruiz Corbella o José Manuel Touriñán. Por supuesto, leer a unos u otros autores es una cuestión de gustos, predilecciones o intereses. Los míos, y los que recomiendo encarecidamente, son Fernando Bárcena y José María Barrio Maestre. Para mi gusto, los filósofos de la educación que mejor representan el quehacer y el sentir de esta disciplina en la actualidad. El primero es el sucesor en la Cátedra de Filosofía de la Educación de D. Ibáñez-Martín, y usa el homenaje a modo de excusa para realizar una reflexión sapientísima sobre la filosofía de la educación como ejercicio de pensamiento con especial atención al concepto de experiencia, que es una constante en su pensamiento pedagógico sobre todo a la luz de su interpretación de Hannah Arendt. El segundo proviene de la misma escuela del homenajeado, de la de D. Antonio Millán-Puelles, y defiende que la educación en el constructivismo es insostenible desde una perspectiva lógico-filosófica puesto que la realidad no se crea en nuestras mentes desde la nada, sino que es una realidad ya dada, previa a nosotros, que se descubre por medio de la educación, lo que contribuye a desmitificar tanto a las didácticas de corte «progresista» y psicologista

que tanto daño están haciendo al oficio de educador.

Si he de ser sincero, los homenajes tienen algo en común con las consagraciones o las bodas. Es una alegría enorme que tantas personas, y tan queridas, compartan ese momento especial. Pero siempre se echa de menos a alguien o a algo que, por circunstancias del azar, no pueden estar presentes. No me gustaría cerrar esta reseña sin mencionar que he echado en falta al que, como el mismo Ibáñez-Martín dijo, fue su primer discípulo, José Manuel Esteve. En mi modo particular y limitado de entender las cosas, también extrañé a José Ramón Ayllón y Rafael Altarejos. Por supuesto, y ya en el plano más puramente teórico, me habría gustado que un autor como José María Barrio estudiara las influencias de Antonio Millán-Puelles sobre Ibáñez-Martín, pues considero que es el más apropiado para llevar a cabo tal reflexión, ya que ambos fueron discípulos del catedrático de Metafísica. No sé si lo políticamente correcto o la falta de tiempo o interés por parte de los autores ha hecho que ninguno atienda a la preocupación de Ibáñez-Martín por la dimensión religiosa en la educación, que, dependiendo de la problemática de fondo, ha tratado en un lenguaje político o moral, pero que, en todo caso, es una puerta abierta para que los lectores comiencen a publicar estudios sobre la figura de este catedrático que con el tiempo, a mi parecer, dejará a García Hoz a su sombra.

David Luque